

Prólogo

JOSÉ ÁNGEL GARCÍA DE CORTÁZAR
Universidad de Cantabria

Hace ya casi veinte años, en un prólogo que unos cuantos investigadores de la universidad del País Vasco me solicitaron para encabezar los resultados de un encuentro científico, comparaba yo el oficio de historiador con el poder de los señores del Antiguo Régimen. Uno y otro mostraban como seña de identidad su carácter proteico, y, en el caso de los historiadores, era fácil observar que, en general, conforme van ganando años, conforme van madurando, generan sus rentas menos en el territorio de la investigación y más en el de la jurisdicción de la investigación hasta que llega el momento, a menudo, coincidente con su jubilación, en que aquellas acaban siendo en exclusiva rentas de representación de la investigación. Algo así como el reflejo, el reconocimiento, social de pretéritos estudios y quehaceres culminados con mayor o menor éxito. A esta fase de mi biografía, más que a mi condición de hijo de un padre nacido en Valparaíso, creo que responde mi aparición en estas páginas introductorias solicitadas por dos medievalistas chilenos.

Medievalistas chilenos... Nunca nos ha sorprendido a los estudiosos españoles de la Edad Media toparnos con medievalistas estadounidenses, ni siquiera, gracias al esfuerzo de las discípulas de Claudio Sánchez Albornoz, encontrarnos con medievalistas argentinos pero, como si la cordillera de los Andes resultara un obstáculo casi insalvable en las relaciones con Europa, solo poco a poco hemos ido aprendiendo que también en aquellas tierras del confín del mundo fructifica el interés por la historia de lo que sucedió a doce mil kilómetros y doce siglos de distancia. En una palabra, a falta, quizá, de momento, de un medievalismo chileno, existen ya medievalistas en Chile. El libro al que estas líneas sirven de presentación lo demuestra. Pero el conjunto de las nueve colaboraciones reunidas aquí, producto de un encuentro científico, evidencia otras cosas de las que me interesan menos las relacionadas con los temas tratados que las que atañen a los formatos de creación y comunicación científicas.

El protagonista del volumen es la frontera, entendida con suficiente amplitud de miras como para hacer de ella un vector de investigación en que caben con identidad suficiente tanto el análisis de casos concretos referidos a distintos aspectos (espaciales, económicos, sociales, políticos, culturales) como su articulación sintetizadora. Esta segunda es precisamente la que, a la postre, permite distinguir en cada uno de aquellos

aspectos, y sobre todo en su combinación global, dos gradientes de situaciones. De un lado, el que tiende a expresarse en términos socioespaciales: centro, periferia, confin más que frontera y alteridad. De otro lado el que, en parte como desarrollo consecuente de ese primer gradiente, suscita otro que se expresa en términos más bien socioculturales: comunión, aceptación, disenso, resistencia, oposición, rechazo. En ambos casos, el polo de referencia lo constituye un poder instalado en los variados y, con frecuencia en la Edad Media, concurrenciales y siempre relativos *centros* y que dicta las pautas de comportamiento que definen las condiciones de inclusión y exclusión en un sistema social determinado. Para la captación y el estudio de los procesos, la historiografía de los últimos treinta años ha ido rebajando el papel dominante que en un tiempo se atribuyó a los factores económicos para ir transfiriéndolo a los factores sociales y aun a los culturales en su más amplio sentido.

Pero papel dominante no quiere decir papel exclusivo y, como muestran los trabajos contenidos de este volumen, es preciso no olvidar la variedad de situaciones y, por tanto, de respuestas concretas a los distintos retos que se producen en circunstancias y vivencias de frontera. Su reflejo en la memoria social, sea administrativa, cronística o hagiográfica, no deja lugar a dudas de su existencia y potencia, y son precisamente las voces testimoniales que proceden tanto de las construcciones políticas como de las diferentes formas de aquella memoria social las que han dejado su eco en las colaboraciones reunidas en este libro. A su vez, ese eco es el que, al hilo de algunas consideraciones de los propios coordinadores de la iniciativa, invita a reflexionar sobre el formato en que ese eco, esos ecos, se han congregado en estas páginas. Un formato que tiene que ver con la intensificación de los contactos sociales entre historiadores.

En puridad, los contactos entre historiadores derivan de la insatisfacción personal ante la debilidad de nuestros conocimientos fuera del ámbito estricto de nuestra crecientemente y, a veces, ensimismada especialización. Nadie duda de que en todos los ámbitos del saber los avances se producen merced al trabajo minucioso de los expertos, a los resultados cada vez más especializados y sofisticados de los especialistas y a la combinación, cada cierto tiempo, de aquellos en una síntesis que les proporciona sentido aunque sus conclusiones solo se mantengan como hipótesis temporalmente verosímiles. Para paliar aquella insatisfacción que produce el saber cada vez más de cada vez menos, el historiador fue en búsqueda de la interdisciplinariedad.

El vocablo, revestido de indudable prestigio, tuvimos ocasión de escucharlo y anhelarlo, quienes tenemos años para ello, hace ya cinco decenios. Desde entonces, y pese a proclamas y desideratas, como mucho hemos vivido más situaciones de multidisciplinariedad individual que de interdisciplinariedad colectiva. En el mejor de los casos, en el de historiadores con sensibilidad globalizadora, se muestra en la búsqueda de apoyos puntuales de otras disciplinas para nuestros particulares proyectos de investigación. Un denodado y casi siempre autodidacta esfuerzo por enriquecer nuestras perspectivas sobre un tema ha sido frecuentemente el saldo de tales empeños. Tal vez nuestro oficio, como el de la creación literaria, es en última instancia, en el momento decisivo

de la construcción del relato, demasiado personal para invitar a compartirlo a filólogos, a historiadores de la literatura o del arte y a filósofos, por no hablar de geógrafos. Y sin embargo una interdisciplinariedad bien entendida debería exigir el contacto de especialistas de esas disciplinas con el historiador llamado, desde nuestro particular oficio, a sintetizar sus aportaciones y a proporcionarles el sentido del tiempo y, con él, la comprensión de la producción de los cambios.

En lugar de ello, el historiador ha ido en general renunciando a aquella interdisciplinariedad de perspectivas totalizadoras para buscar luces y apoyos para su investigación en la más limitada interdisciplinariedad que le procuraban sus propios compañeros en el ejercicio del mismo oficio. En cierto modo, la dimensión temática de ese oficio se ha ampliado de tal modo, y los trabajos presentes en este volumen son prueba de ello, que a su vez cada historiador puede ofrecer a sus congéneres puntos de vista científicos suficientemente lejanos a los intereses de cada uno como para aceptar que basta buscar la interdisciplinariedad dentro de los límites del campo específico del saber histórico. El medievalismo, como al menos también el modernismo, se ha nutrido desde entonces de ese nuevo modelo. Sin escapar de él, al compás de la pura ampliación de los horizontes de la historiografía medievalista, los historiadores han ido progresivamente siendo capaces de ofrecer perspectivas históricas tan numerosas como impensables hace veinte o treinta años. Consecuencia de ello es que en la práctica se ha estimado que es suficiente el contacto entre historiadores generalistas de la Edad Media para hacer progresar los estudios de tema medieval.

¿La estimación ha resultado ser correcta o incorrecta? La respuesta apenas tiene ya sentido porque la dinámica ha conducido a una situación en que, en términos estadísticos, lo que prima por encima de todo son los contactos entre historiadores de una misma o parecida formación inicial que, haciendo uso de sus facultades de multidisciplinariedad individual, han fortalecido determinadas líneas de investigación hasta el punto de poder presentarlas con toda justicia con vitola de originalidad. Ello justifica que, sin recurrir a especialistas de otras disciplinas, los historiadores, en nuestro caso los medievalistas, se reúnan y multipliquen sus contactos. De ellos debe nacer un deliberado enriquecimiento mutuo y no tanto solamente la vorágine productivista en que se ven inmersos, al menos, nuestros jóvenes investigadores españoles, obligados por nuestros sistemas de evaluación a dejarse ver y oír en todos los foros posibles y, cual trabajadores autónomos, a crearlos si es necesario. La dinámica ha alcanzado tal grado de aceleración que en este momento resulta inverosímil la hipótesis del retorno a una situación caracterizada por la serenidad y la reflexión.

Los tiempos han cambiado y de un lado, en los meritorios, el *Publish or perish* y de otro, en los consagrados, la multiplicación de compromisos de todo tipo deja a veces tan escaso espacio para la lectura reflexiva que no es fácil sustraerse a la tentación del autoplagio y la repetición. En esas circunstancias, para evitar o al menos paliar los efectos de esas tentaciones, los contactos con otros medievalistas se convierten en un instrumento menos oneroso que otros para adquirir rentas de conocimiento que aplicar

a las investigaciones propias. Se crean así cadenas de solidaridad horizontal —en el caso presente, intercontinental— que, siempre enriquecedoras, cada uno puede aprovechar en su medida y combinar con las cadenas de solidaridad vertical: las que se han construido en cada país a través de las correspondientes genealogías historiográficas. Esa es la lección que en su conjunto proporcionan los nueve trabajos reunidos en el volumen al reflejar distintas tonalidades del espectro que he tratado de sugerir en estos párrafos introductorios. Sus autores son conscientes de que, como decía Paul Valéry respecto al poema, el relato histórico no termina nunca de crearse. Como mucho se interrumpe temporalmente para facilitar el intercambio de perspectivas entre sus creadores, que, con ellas en su mochila intelectual, volverán de nuevo sobre aquel y demostrarán que el discurso histórico es también, o ante todo, historia.